

VENUS: IMAGINACION Y REALIDAD

Miquel Barceló

El caso de los presuntos "canales" de Marte que nunca existieron, es un ejemplo claro de un error que, por diversas razones, se difunde y pervive durante muchos años. Pero, al menos, en el caso de Marte, existen las viejas observaciones de Schiaparelli y esa referencia a unos posibles "canali" de los que él mismo hablara en 1877. No es demasiado extraño que, buscando precisamente esos canales, Percival Lowell imaginara haberlos encontrado y la imagen de un Marte surcado por canales haya pervivido mucho años.

Mucho peor ha sido lo que ha pasado con Venus. A los ojos de los primeros astrónomos que lo estudiaron, el planeta que los clásicos asociaron al amor ofrece una imagen brillante y sin relieves. A finales del siglo XIX y principios del XX, Venus era un misterio para los observadores. Muy pronto se concluyó que estaba cubierto de una capa permanente de nubes. Si se veían nubes, tenía que haber agua y, seguramente por eso, el Venus de la imaginación se convirtió en un planeta oceánico dominado por las aguas y, como complemento, la posibilidad de inmensas junglas de lujuriosa vegetación.

La sonda *Mariner II*, lanzada el 27 de agosto de 1962, llegó a unos 30.000 kilómetros de Venus el 14 de diciembre del mismo año. Nos enseñó que no había líquido alguno en la superficie de Venus, y que las nubes observadas, formadas en su mayoría por dióxido de carbono, creaban un enorme efecto invernadero que mantenía temperaturas en la superficie de varios centenares de grados centígrados. Posteriormente, en 1964, con estudios realizados con ondas de radar se averiguó que Venus completaba una rotación cada 243 días (en realidad, 18 días más que la duración de su año) y, lo más curioso, esa rotación era en dirección contraria a la del resto de los planetas.

Con toda seguridad, al menos para los intereses de la imaginación, tal vez era preferible el poético planeta oceánico con mucha vegetación. Resultaba fácil imaginar en él la continuación de las aventuras de descubrimiento que en la Tierra ofrecieron durante el siglo pasado las por entonces ignotas tierras de Africa.

Así lo hizo, por ejemplo, C.S. Lewis (sí, el protagonista de la película "Tierras de penumbra") en *Perelandra* (1943) donde un Venus oceánico, con grandes islas de vegetación flotante, era el ambiente ideal para rediseñar y actualizar el mito de Adán y Eva. La idea de las islas flotantes de Venus parece proceder de otro autor británico: Olaf Stapledon, quien en su obra *Ultimos y primeros hombres* (1930) ya habla de islas flotantes en Venus. Y lo

hace como consecuencia de lo sugerido en "El último juicio", un artículo de 1927 del biólogo J.B.S. Haldane (también británico) quien sugería que Venus podría ser un hogar adecuado para la humanidad cuando la Tierra dejara de ser habitable.

Con el devenir de la imaginación volcada al espacio que representa la primera época de la ciencia ficción, Venus fue escenario de todo tipo de aventuras como las de *Los mercaderes del espacio* (1953) de Frederik Pohl y Cyril M. Knorbluth con un Venus húmedo y con minas en las que el protagonista debe reconstruir su futuro personal amenazado en una civilización excesivamente dependiente de la publicidad y el consumo.

Incluso Isaac Asimov recurrió al Venus oceánico como escenario de una de las aventuras de Lucky Starr, el Ranger del Espacio que protagonizó una serie de novelas juveniles publicadas en los años cincuenta y que iban firmadas con el seudónimo Paul French. La fama de Asimov ha hecho que se reediten a menudo esas novelas pese a los errores astronómicos que ahora sabemos que contienen. Desde 1970, Asimov obliga a que se publique una breve introducción de dos páginas aclarando el carácter irreal del Venus que nos presenta, por ejemplo en *Los océanos de Venus* (1954).

Conocida ya la realidad, otros autores de ciencia ficción han abordado la dura tarea de imaginar un Venus habitable por los humanos y, por consiguiente, la difícil terraformación de un planeta hoy muy alejado de poder permitir la vida humana en su superficie. El más interesante de esos esfuerzos es el que realizó Pamela Sargent con *Venus of Dreams* (1986) y *Venus of Shadows* (1988), y cuyo éxito ha hecho que se haya anunciado una futura continuación que debería titularse *Child of Venus*. Una lectura recomendable por varias razones.

Pero muchos, terrible paradoja, seguimos prefiriendo ese Venus oceánico y aventurero que conocimos en nuestra infancia, cuando el *Mariner II* todavía no había destruido los viejos sueños de aventura con la ayuda de la más cruda realidad...